

Sobre historia de ayer y de hoy...

Gaceta de la Fundación José Antonio Primo de Rivera – nº 32 – 29 de julio de 2015

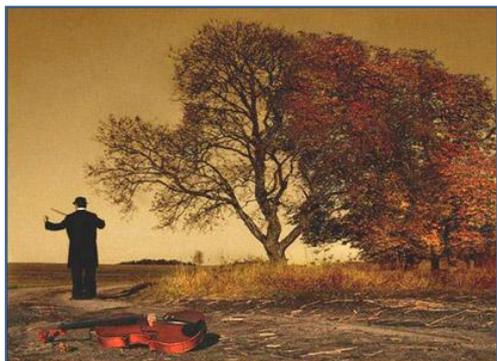
En este número

1. **Argumentaciones y fundamentos**, Manuel Parra Celaya
2. **Cristianismo y comunismo**, Tomás Salas
3. **La «ideología de género» va en contra del sexo**, Alain de Benoist
4. **«Historia falangista del sur de España»**, José M^a García de Tuñón Aza
5. **Por qué hay que derogar la Ley de Memoria Histórica**, Honorio Feito
6. **La hidalguía con Dios**, Juan Manuel de Prada
7. **Abundan los imbéciles**, Álvaro Hernán
8. **Los miserables**, Jesús Flores Thies
9. **Junqueras y las diferencias genéticas**, Manuel Manchón

Argumentaciones y fundamentos

Manuel Parra Celaya

Si preguntamos a los separatistas (catalanes o de cualquier otro lugar de España donde esté propagado el virus de la disgregación) por sus razones, esgrimirán, a buen seguro, una batería de agravios de tres naturalezas: sentimentales, históricas y económicas. Entre las primeras, están los *hechos diferenciales*, propios de todos los pueblos, comarcas y regiones más o menos extensas de la Tierra; descartada la *raza* como factor determinante (especialmente a raíz de la 2ªGM), queda la *lengua* como sucedáneo de la anterior y como totem indiscutible. Las segundas suelen derivar en la pura mitología, pues ningún secesionismo hispano soporta un mínimo de rigor en análisis histórico. Las terceras suelen navegar entre dos aguas: las de los expertos en números, porcentajes y estadísticas y las de los demagogos, que retuercen unos y otras a su antojo.



Frente a estos argumentos, ¿cuáles plantean los llamados *unitarios*, teóricos defensores de la integridad española? Fundamentalmente, los de naturaleza legal y jurídica, y, más concretamente, el supuesto valladar inexpugnable de la Constitución del 78. Si en un artículo anterior, yo identificaba – en positivo– el *constitucionalismo* con el *republicanismo* (y no en el sentido de forma de gobierno, como recordarán los lectores), en el tema que nos ocupa no me cabe otra opción que identificarlo –en negativo– con aquel planteamiento, ideado por Dolf Stenberger y propagado y popularizado por

Jürgen Habermas, del *patriotismo constitucional*, y que entró en España por conducto, al alimón, de la izquierda y de la derecha aznarista, empeñadas ambas en negar sobre todo que el origen de la monarquía de Juan Carlos I y del proceso de la Transición se hallaba inequívocamente en el Franquismo.

De este modo, en lugar de fundamentar la Constitución en el apriorismo esencialista de España, ésta se debe sostener casi en exclusiva en un texto constitucional concreto, con omisión, no solo del resto de

constituciones pactadas, elaboradas u otorgadas, sino de toda una larguísima historia previa a las mismas; porque es sabido que el enunciado de la palabra España, como concepto representativo de una tarea histórica, precedió con mucho a los nuevos significados políticos nacidos a partir de la Revolución Francesa, entre ellos las voces *nación* y *patria*.

Puestas así las cosas por los argumentos de los teóricos defensores de la unidad española, se me ocurren algunas preguntas al viento: ¿qué ocurriría si el conjunto del pueblo español de una determinada generación –por ejemplo, la presente– aceptara de buen grado, en virtud de la soberanía que le otorga la Constitución, la separación de una parte de su territorio? ¿Qué podría acontecer si la tendencia hacia una *segunda transición*, tan presente en buena parte de la izquierda, tradicional o *emergente*, propone una nueva Ley de Leyes en que se consagre un *federalismo asimétrico* (vulgo, *confederalismo*) o la libre opción de una Comunidad Autónoma a segregarse del todo?

Y no se me diga que son supuestos inimaginables, puesto que la *ineducación* política ya ha conseguido con creces la desafección del patriotismo español en buena parte de la población y no es raro suponer que, en una nueva vuelta de tuerca de los *ingenieros sociales*, se lograra convencer de la legitimidad de la *independencia* de territorios.

Fijémonos en esta palabra: *independentismo*; la emplean conscientemente tanto los separatistas como los unitarios, hasta el punto de que se ha convertido en la expresión *políticamente correcta* frente a las que indican con más propiedad las tendencias: separatismo, secesionismo, segregacionismo. Estamos también ante un logro de la *ingeniería social*, que ha dado sus frutos, como se puede comprobar oyendo, por ejemplo, a los señores Rajoy, Sánchez, Iglesias, Mas o Junqueras.

Bien están los argumentos legales para frenar –de momento– las operaciones separatistas; bien están las argumentaciones de carácter económico de los expertos; bien están las lecciones de historia común (aunque resulten inútiles por el fanatismo de los separatistas). Pero falta el punto esencial: afirmar, por encima de todo, la existencia y la unidad de España como valores preexistentes a cualquier Constitución, ley, política de inversión, pacto económico o ideología; es decir, poner como punto de partida y fundamento la irrevocabilidad de España.

Cristianismo y Comunismo

Tomás Salas

El presidente de Bolivia Evo Morales le regala al papa Francisco una imagen de Cristo, en la que la cruz es sustituida por la hoz y el martillo. Este gesto no es inocente ni casual y, además, responde a un hecho histórico y cultural de dimensiones importantes: la seducción que el marxismo y el comunismo ha supuesto para una parte importante de la Iglesia católica, incluyendo laicos de a pie, importantes intelectuales y teólogos, sacerdotes y religiosos y hasta algunos obispos. La Teología de la Liberación, aunque es un fenómeno más amplio y matizable en cada teólogo, se inserta en parte en este fenómeno. En Málaga, sin ir más lejos, tuvimos al entrañable José María González Ruiz, que fue uno de los promotores de los famosos Diálogos entre cristianos y marxistas. ¿Se trata de un fenómeno espontáneo o es, como sostiene Ricardo de la Cierva, algo inducido, una lucha cultural al modo gramsciano, que intenta ocupar los espacios estratégicos del enemigo desde donde actuar en la lucha cultural? Porque, no nos engañemos, el comunismo siempre ha considerado a la Iglesia como una enemiga. Léanse las primeras líneas del *Manifiesto comunista*: un fantasma recorre Europa y tiemblan ante él sus enemigos, que son enumerados por Marx: «Todas las potencias de la vieja Europa se han unido en una santa alianza para acorrallar a este fantasma: el Papa y el zar, Metternich y Guizot, los radicales de Francia y los políticos de Alemania». Esto es, las fuerzas que configuran la civilización occidental: el cristianismo, la vieja Europa aristocrática y conservadora, el humanismo



liberal. Marx cita al Papa como su primer enemigo, al menos, lo pone en primer lugar. Esta enemistad se ha hecho manifiesta, sin excepciones, en todos los países en los que el comunismo ha gobernado, donde se ha dado de forma general la persecución y el martirio, la ausencia de libertad y el odio antirreligioso. En el caso de España, no tuvo que llegar el comunismo al poder, sólo con un conato revolucionario se produce una sangrienta persecución religiosa, primero en 1931 (la quema de conventos en Málaga y Madrid), 1934 (revolución de Asturias) y luego en el periodo de la Guerra Civil. Estos datos, aunque sobradamente conocidos, siempre se han obviado en los debates y encuentros entre cristianos y marxistas de los años 60 y 70, estos encuentros que tantos cristianos han llevado al marxismo, pero que tan pocos marxistas han conducido hacia el cristianismo.

Cristianismo y comunismo, pues, son dos cosas distintas y distantes. El segundo siempre ha odiado al primero y el primero siempre ha temido y desconfiado (odiar sería ir contra los propios principios) del primero.

El barón Ungern, el último general del ejército zarista que resistió al ejército rojo, antes de fusilar a un pope ortodoxo que se había unido al bando revolucionario, le preguntó por qué había cometido este despropósito. El pope le contestó que Cristianismo y Comunismo eran, en el fondo, lo mismo; y que el Cristianismo viejo y caduco tomaba nuevo vigor con la moderna revolución. El barón Ungern, también conocido con el «barón loco», le contestó que había una clara diferencia: el Cristianismo dice *lo mío ha de ser tuyo*; y el Comunismo dice *lo tuyo también es mío*.

Tomado de *ForumLibertas*

La «ideología de género» va en contra del sexo

Alain de Benoís

El debate sobre la teoría del género está bloqueado porque los partidarios de dicha ideología... niegan su existencia. Según el movimiento gay, nunca ha habido tal teoría, pues lo único que pretenden, según ellos, es luchar contra la discriminación. La teoría del género, explican los militantes homosexuales, ha sido inventada por el Vaticano para hacer creer que existe un complot gay con misteriosos y sórdidos objetivos. Finalmente, ¿existe o no existe la teoría del género?

¡Por supuesto que existe! Autores como Judith Butler, Eric Fassin, Monique Wittig y muchos más, ¿qué son, sino representantes de la teoría del género, es decir, adalides de una teoría que pretende que las identidades sexuales no dependen en absoluto del sexo biológico o de la pertenencia sexuada? Pero esta teoría no es tampoco el resultado de ningún «complot homosexual». Se basa en la idea de que la identidad sexual se deriva de una pura «construcción social». Afirma que no hay, en el momento de



nacer, ninguna diferencia significativa entre los niños y las niñas (postulado de neutralidad); pretende que el individuo no debe nada a la naturaleza y puede construirse a sí mismo a partir de nada (fantasma de autoengendramiento).

En cuanto a la discriminación, hay formas muy distintas de luchar contra la misma. Si la discriminación consiste en tratar desigualmente a los hombres y a las mujeres, soy por supuesto el primero que quiere que desaparezca. Pero hay que saber si la igualdad debe comprenderse como sinónimo de la mismidad. Con otros términos, hay que saber si, para restablecer la igualdad entre los sexos, se tiene que hacer desaparecer la diferencia entre ellos, cosa que obviamente no creo en absoluto. Ocurre lo mismo con los «estereotipos», que no son sino verdades estadísticas abusivamente generalizadas. La forma en que algunos se imaginan que, para «deconstruir los estereotipos», hay que arremeter contra las nociones mismas de lo masculino y lo

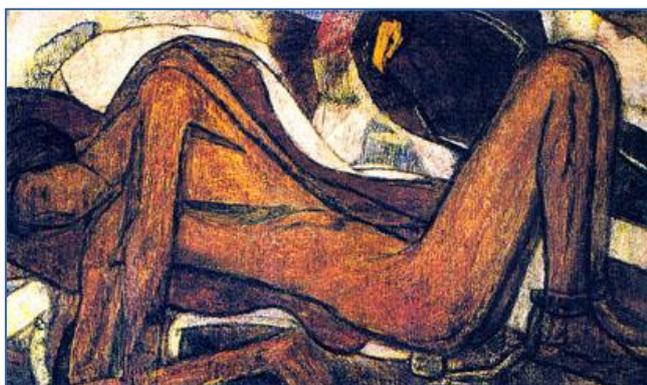
femenino, revela que, por más que pretendan lo contrario, quienes así piensen adhieren al postulado básico de la teoría del género.

Muchos y muy diversos son quienes luchan contra la teoría del género. Lo mismo ocurre con sus argumentos. ¿Se deberían, a su juicio, evitar ciertos argumentos que pudieran tener un objetivo erróneo o hacer el juego del enemigo al que pretenden combatir?

Hay, en efecto, diversas formas de criticar la ideología de género. En mi libro *Les démons du bien* [Los demonios del bien], mi crítica es de índole exclusivamente *intelectual*: estudio esta ideología para saber cuál es su valor en cuanto a la verdad, constato que es nulo y digo por qué. En los ambientes católicos lo que se hace no es tanto una crítica de este tipo, sino una crítica *moral*. Se basa en el postulado de que la teoría del género pretende legitimar comportamientos sexuales que se consideran de entrada «aberrantes» o «anormales», empezando por la homosexualidad.

Estoy doblemente en desacuerdo con esta idea. En primer lugar –y éste es un punto fundamental–, pienso que la teoría del género no pretende tanto justificar tal o cual comportamiento sexual cuanto que negar la diferencia entre los sexos, lo cual no es en absoluto lo mismo. Con lo que sueñan no es con la homosexualidad, sino con la indistinción.

Por otra parte, yo no efectúo ningún juicio moral sobre las preferencias o las orientaciones sexuales. No veo en nombre de qué formularía semejante juicio. La homofobia, así pues, sólo es para mí una estupidez más entre otras muchas. Lo que, en cambio, me parece importante es recordar que lo masculino y lo femenino existen independientemente de las orientaciones sexuales. Los homosexuales no constituyen en modo alguno un «tercer sexo», por la sencilla razón de que sólo hay dos sexos. Los



gays y las lesbianas son hombres y mujeres como los demás, con la particularidad de que tienen preferencias sexuales propias y de carácter minoritario. Pero «minoritario» nunca ha querido decir «menos natural»: una norma estadística no es lo mismo que una norma moral. Con todo ello quiero decir que no soy de los que sólo critican la teoría del género con la esperanza de volver al viejo orden moral.

Si bien es una insensatez pretender que las diferencias entre hombres y mujeres no existen o son irrelevantes para los roles sociales que desempeñan, tal vez sea cierto que se deben repensar, hoy, las funciones sociales de los hombres y mujeres. ¿Está usted de acuerdo? Y en caso afirmativo, ¿cómo las repensaría?

No cabe duda de que los roles sociales de hombres y mujeres han cambiado radicalmente en el curso de las últimas décadas. Mediante la integración de una amplísima mayoría de mujeres en el sistema salarial se ha ido borrando progresivamente la frontera entre una esfera privada femenina y una esfera pública masculina. El acceso a la contracepción, la legalización del aborto o, incluso, la disyunción entre las responsabilidades familiares y las atribuciones de índole sexual les han dado a las mujeres libertades cuya conquista no lamento en lo más mínimo. ¡No soy ningún nostálgico del patriarcado a la antigua, el cual nunca fue tan insoportable como en la «Belle Époque» de la revolución industrial y del auge de la burguesía! Creo, en cambio, que algunas de estas libertades han resultado, en parte, ilusorias. La posibilidad ofrecida a las mujeres de trabajar fuera del hogar, por ejemplo, ha constituido a la vez una liberación y una alienación (a favor del sistema capitalista). Y a quienes más ha beneficiado la «revolución sexual» ha sido, en últimas, a los hombres...

La cuestión es saber si esta transformación de las funciones sociales masculinas y femeninas debe implicar una negación o una desaparición de la feminidad y de la virilidad. No lo pienso en absoluto. La pertenencia sexuada no es sólo un asunto de órganos sexuales (el propio cerebro ya es sexuado al nacer), y la desexualización de hecho de un cierto número de roles y funciones no ha hecho desaparecer ese invariante antropológico que constituye la división del género humano en dos sexos. En el espacio y

en el tiempo, en el ámbito de las diferentes culturas, los roles sociales masculinos y femeninos han ido evolucionando sin parar (es lo que se obstinan en no ver quienes razonan en términos esencialistas), pero esta evolución nunca ha puesto en tela de juicio el hecho de que los hombres y las mujeres no pertenecen ni al mismo sexo ni al mismo género.

Lo que hay que repensar es de qué forma distinta puede expresarse hoy en día lo masculino y lo femenino. El error, propagado por la teoría del género, sería creer que lo masculino y lo femenino debe simplemente dejar de expresarse al no corresponder ya a nada. Equivaldría ello a considerar que los hombres y las mujeres tienen que ser pensados en lo sucesivo como individuos abstractos y ya no como seres encarnados; es decir, haciendo abstracción del cuerpo y de la carne, de la seducción y de las relaciones sexuales. Como dice una feminista francesa muy hostil a la teoría del género, Camille Froidevaux-Metterie: «¿Por qué, después de haber sido *tan sólo* cuerpos, deberían hoy las mujeres vivir como si no tuvieran cuerpo?».

¿Cabe identificar en la teoría del género un problema más específico: el odio que siente esta sociedad por la figura del hombre, del macho y del padre?

Durante siglos, en la época del patriarcado, los valores femeninos han sido considerados constantemente inferiores a los masculinos. En la tradición cristiana, a menudo, la mujer ha sido asignada, simbólicamente al menos, al orden de la voluptuosidad, de la seducción y, por tanto, del pecado. Tertuliano veía en ella el «antro del diablo». En la época clásica, las mujeres también fueron condenadas por «brujería». Ahora se ha caído en el extremo inverso. Los valores tradicionalmente considerados femeninos (la sensibilidad, el espíritu de ayuda mutua y de cooperación, etc.) han sido colocados por encima de los valores masculinos. Todo lo que evoca la virilidad o la hombría despierta burlas, desdén, hostilidad... La noción de autoridad está desacreditada en su principio mismo... por más que siga omnipresente en la vida real. Al mismo tiempo, el niño (al que en el pasado siempre se le consideraba más carnalmente ligado a su madre que a su padre) es objeto de una idolatría sin precedentes. Antaño, el crimen supremo era el parricidio; hoy es el infanticidio. Esta situación no es preferible al antiguo reino de lo masculino. Constituye, en realidad, su simétrica inversión. No se sale del desequilibrio sustituyendo al patriarcado por el matriarcado.

Lo que resulta particularmente inquietante en el desmoronamiento de la figura paterna es que el padre ya no puede desempeñar el papel que normalmente le corresponde: encarnar la Ley simbólica que le permite al niño poner término a la «fusión materna» propia de la primera infancia; o lo que es lo mismo: entrar en la edad adulta. La quiebra de los valores viriles les lleva a los hombres a dudar de sí mismos, lo cual deteriora gravemente las relaciones entre los sexos. El hundimiento de la función paterna produce una generación de inmaduros narcisistas que nunca consiguen resolver su complejo de Edipo. Esta evolución es uno de los aspectos centrales de la sociedad posmoderna que tenemos a la vista.

Tomado de *El Manifiesto*

«Historias falangistas del sur de España»

José María García de Tuñón Aza

Es el título del libro del jubilado profesor de Historia Contemporánea de la Universidad de Sevilla, Alfonso Lazo, que fue diputado en las Cortes Españolas por el PSOE, y que antes de finalizar su lectura quisiera hacer al autor algunas precisiones al largo camino que ha tomado este socialista, porque en su libro ha mostrado a sus lectores, en algunos casos, tantas trampas como letras.

Dice en una de sus primeras páginas, refiriéndose, entre otros, a los falangistas, pero no a los comunistas y socialistas: «...busca al lobo y se le provoca para que salga». Añadiendo: «...y en España los adolescentes de Falange que repartían durante la Segunda República, su propaganda en las mismas casas del pueblo del PSOE». O sea, este ilustre profesor socialista, al parecer, estaba allí y lo vio con sus propios ojos; pero lo que no dice y por eso se lo calla para siempre, es que, según el comunista Manuel Tagüena Lacorte, en su libro *Testimonio de dos guerras*, «de acuerdo con los estudiantes de la Juventud

Socialista, pedimos que la FUE expulsara a todos los estudiantes afiliados a Falange. Esto estaba en contra de la letra de los reglamentos de la UFEH, de un estricto profesionalismo, pero esto era muy difícil de mantener cuando en todo el país los dos campos opuestos eran cada vez más antagónicos. La FUE actuó contra los falangistas con una energía que no había tenido antes, cuando los comunistas del BEOR le planteamos el mismo problema, al actuar políticamente dentro de sus filas».

A continuación sigue escribiendo: «En juntas generales, celebradas en las asociaciones de las distintas facultades, fuimos eliminando a todos los falangistas que militaban en la FUE. Todo esto se hizo de modo violento y sin respetar normas democráticas». Y sigue escribiendo: «Los acontecimientos se precipitaron con rapidez. Las calles se ensangrentaban con motivo de la venta de *FE*, órgano de Falange Española, ya que grupos armados socialistas estaban dispuestos a impedirla. Hubo algunas represalias contra vendedores de *Renovación*, semanario de las juventudes socialistas, y de los periódicos comunistas, pero los falangistas llevaron, al principio, la peor parte». Seguidamente, Tagüeña, nos relata cómo mataron a Matías Montero sin que el profesor le dedique una sola línea este crimen: «Al mediodía del 9 de febrero [1934], estábamos un grupo de amigos en el local de Eduardo Dato, en espera de unos



Venta de FE por las calles de Madrid

callos que nos cocinaba la madre de un compañero. Asomados al balcón vimos pasar un grupo de falangistas. Con ellos iba Matías Montero, de Medicina, antiguo miembro de la FUE y ex simpatizante comunista. Nos saludó con la cabeza y le contestamos de la misma forma, mientras cruzábamos miradas de desafío con sus acompañantes. Cuando bajaban hacia la Plaza de España vimos que los seguía un sujeto vestido de obrero, bajo y con ojos saltones, que nos hizo señas para que nos uniéramos a él. Le contestamos medio en broma, que no podíamos porque íbamos a comer y le vimos marchar solo. No nos imaginábamos que era el prólogo de una tragedia. El obrero de un sindicato de la UGT, esperó a que el grupo se dividiera y luego fue detrás de Matías Montero, y lo mató a tiros por la espalda».

En una de las páginas posteriores el profesor socialista dice que José Antonio antes de fundar *FE* escribió, el 27 de agosto de 1933, un manifiesto en favor del fascismo, pero no dice dónde lo escribió, lo que me hace suponer que es una de tantas trampas del profesor socialista. Menos mal que nada nos ha dicho de lo que pudo haber escrito José Antonio cuando terminó el bachillerato, por ejemplo. Traer, por parte del profesor socialista, cosas que, dice él, escribió José Antonio

antes de fundar *FE* es querer rizar el rizo porque se le ve su mala intención.

Para seguir extorsionando la Historia, escribe, casi a continuación, que en 1935 la revista *Haz* –no dice día ni mes–, añadía José Antonio, según escribe el profesor socialista: «Entre unos y otros pueden los muchachos de hoy enzarzarse a tiros; pero aunque combatan, todos se sienten unidos en una misma responsabilidad, en un mismo estilo. Pronto se habrán entendido por encima de sus luchas, y harán juntos a nuestra España verdadera».

Al reproducir estas palabras, el profesor socialista comete un par de errores. En primer lugar, ha tergiversado la frase, es decir, no la ha ajustado a lo que dijo José Antonio. En segundo lugar, no fueron publicadas en la revista *Haz*, sino en el diario *Arriba* el 26 de diciembre de 1935 y corresponden a las pronunciadas en la clausura del Segundo Consejo Nacional del SEU y que, exactamente, fueron éstas: «Si algunas veces me acometió la duda de si los veteranos de la Falange llegaran a dirigir a España, en cambio no dudé nunca de que regirán los muchachos que han descubierto en la Falange su verdadera actitud ante España. No hay más que vieja política y nueva política. Más fuerte que las actitudes de derecha e izquierda es hoy, en la juventud española, la conciencia de generación. Entre unos y otros pueden los muchachos de hoy enzarzarse a tiros; pero, aunque combatan, todos se sienten unidos en una misma responsabilidad, en un mismo estilo. Los estudiantes de hoy se adiestran en el deporte,

estudian –que es lo que parecería más irrealizable– y no se entristecen ni se marchitan en los sórdidos antros de esparcimiento que rodean a la calle de San Bernardo. Pronto se habrán entendido por encima de sus luchas y harán juntos a nuestra España verdadera. Y entonces nosotros, los que ya podremos considerarnos viejos a la hora del relevo, ya que no del descanso, podremos decirnos con tranquilo orgullo: “Si no vencí reyes moros, engendré quien los venciera”».

Y ya que cita a la revista *Haz*, nos hubiera gustado que este profesor socialista recogiera otras palabras que José Antonio pronunció, por ejemplo, en Málaga, y que vienen en esa misma revista el 20 de julio de 1935, porque todo el empeño de este profesor socialista es repetir, una y otra vez, que el fundador de Falange fue un *fascista*: «Las cosas no van bien –decía José Antonio– porque tenemos a la vista una revolución más fuerte y mejor organizada que la de octubre (se está refiriendo a la conocida como Revolución de Asturias, donde, entre otras cosas, quemaron la Universidad ovetense, volaron la Cámara Santa y asesinaron a 34 sacerdotes y religiosos, incluidos seminaristas), y porque no queremos que nuestros hijos sientan la tristeza de una España en ruinas, de una Patria que vive un poco al margen del mundo. Porque no queremos que nuestros hijos sientan el oprobio al saber que hay hombres que trabajan de sol a sol por un plato de lentejas y que muchos españoles viven como cerdos».

Y nada más, por ahora, porque tiempo habrá de seguir escribiendo de las historias que nos cuenta, o que no nos cuenta, este profesor socialista de Historia Contemporánea.

Por qué hay que derogar la Ley de la Memoria Histórica

Honorio Feito

La ley de la Memoria Histórica, más técnicamente, la Ley 52/2007, constituye un producto depurado y efectivo; en absoluto improvisado, y por supuesto, técnicamente definido, terminado y práctico. Los legisladores han sabido orientar sus efectos y, en mi opinión, han tenido un especial cuidado para su aplicación, camuflando en su título la efectividad perseguida. La Ley de la Memoria Histórica ha sido un arma letal contra una parte de la Historia de España, cuyos efectos, a nivel social, han provocado la desunión de los españoles, el enfrentamiento, la venganza y ese poso de amargura que deja la hostilidad desatada. Ha generado secuelas de rencor y de represalia y las ha llevado hasta los rincones más íntimos de las familias españolas, haciéndoles retroceder en el tiempo para revivir escenas que sólo estaban en el recuerdo, cuando la gran preocupación de las familias españolas era, precisamente, afrontar el futuro ya difícil ante una crisis económica que alcanza también a otros aspectos de la vida cotidiana.



Primeros tiempos de Paracuellos

Desde su promulgación, la Ley se ha convertido en un ariete que arremete contra la convivencia de los españoles, pero sobre todo, en un ariete que lanza ataques implacables contra una gran mayoría de españoles. La gran mayoría de españoles no vive pendiente de estos recursos políticos que instrumentalizan acciones para activar la envidia, el resentimiento, la venganza, la hostilidad y la afrenta. Porque la gran mayoría de españoles desean hoy, ideológicamente hablando, una España de orden, respetada, capaz de regenerar el empleo, de mirar al frente buscando la calidad de vida perdida desde que el régimen partitocrático se apoderó del dinero y de los actos de los españoles. Y así lo demostró hace cuatro años, cuando acudió a las urnas dispuesta a sacar al nefasto José Luis Rodríguez Zapatero a empujones, y a otorgar a Mariano Rajoy Brey el poder máximo de las urnas, que Mariano Rajoy no ha sabido o no ha querido interpretar.

La culpabilidad del Partido Popular, que dirige y manda Rajoy Brey, tendrá su castigo en las urnas como

lo tuvo el de su antecesor, y en la memoria de los españoles quedarán grabadas las imágenes de la impotencia para llevar adelante unas reformas capaces de, además de mejorar la economía, mejorar la convivencia social y política de una España echada en manos de los demagogos y de los piratas del voto.

Imponer la Historia de los pueblos a base de decretos y leyes es un signo totalitario que define a los promotores políticos de la citada Ley de la Memoria Histórica y a sus defensores; La Ley es aplicable sólo a uno de los dos bandos de la Guerra Civil, traicionando su propio enunciado y obviando hechos y personajes del bando perdedor. La Ley no viene a resolver las injusticias que, inevitablemente, ocurren siempre en los conflictos armados, en las que personajes inocentes son objeto de la violencia y el abuso de los que no tienen humanidad.

El enfrentamiento armado de 1936-1939 no fue, como simplistamente defienden ahora los herederos ideológicos de los perdedores, una lucha entre fascistas y demócratas, sino entre un frente de izquierdas entregado al desorden social y anárquico que sus responsables se vieron incapaces de contener, frente a los que buscaban la más básica preservación de la integridad nacional y de la cultura cristiana.

La relación de unas de doscientas cincuenta calles, que el nuevo Ayuntamiento de Madrid, dirigido por la señora Carmena con el apoyo del desaparecido figurín socialista, Antonio Carmona, es la señal de la aplicación inclemente de dicha Ley, cuyos efectos parecen superar en eficacia al nefasto Presidente Rodríguez Zapatero, pero la culpabilidad y la responsabilidad del Partido Popular por no haberla derogado a su llegada al poder pone de manifiesto que, como en los prolegómenos de 1936, mientras que un bando golpea, el otro encaja impotente el golpe. Si esto es construir una convivencia es evidente que entre los de un bando y los de otro hay notables diferencias de concepto sobre lo que es una sociedad y lo que es una convivencia.

La hidalguía con Dios

Juan Manuel de Prada

Decíamos en un artículo anterior que es natural que cada época honre a los hombres que están a su altura. Y siendo hoy España el vómito terminal de un paganismo con olor a caquita y a papiloma, es lógico, por ejemplo, que se dé empleo municipal a una tiorra que va meando a chorro libre por las esquinas; o que se quiera desalojar del callejero a Vázquez de Mella, para meter en él a un señor que disfrutaba de «orgasmos democráticos». Los tontos útiles dirán que tamaño deterioro lo explica el auge de la izquierda radical, olvidando aquella enseñanza señera de Vázquez de Mella: «La fuerza política que reciben las llamadas izquierdas se debe a la táctica singular de los que no quieren ser izquierdistas, que primero las incuban y protegen desde los gobiernos y después se dedican a tenerles miedo y a regular por él su acción».

Pero que España se haya convertido a la vez en un vomitorio pagano y en un parque temático de la tontería útil tiene causas mucho más profundas. Vázquez de Mella nos recomendaba que, para conocer a fondo una nación, «hay que conocer la directriz de su historia, el principio vital que ha informado su ser y todas las manifestaciones de su genio; y para conocer eso, cuando se trata de España, hay que conocer la religión católica». Y, siendo la religión católica el principio vital que ha alimentado el genio español, no hace falta sino reparar, por ejemplo, en la carnavalada que se organizó en cierta iglesia de Madrid, en homenaje al señor de los «orgasmos democráticos», para entender que tal principio vital ha sido pervertido y debilitado hasta la consunción; y principalmente por sus enemigos internos. Basta ver las fotografías de aquella iglesia convertida en casa de tócame y bésame Roque, con el sagrario desolado entre pancartas chillonas, para intuir que existe dentro de la propia Iglesia gente muy poderosa que suspira por los ojos sin párpado; y que, por supuesto, ha perdido lo que Federico García Lorca llamaba «la hidalguía con Dios».

Lorca, español de genio católico asesinado por canallas fariseos, escribía desde Nueva York a su familia, horrorizado del catolicismo protestante de los Estados Unidos y «dando vivas al portentoso,

bellísimo, sin igual catolicismo español». En la carta hallamos pasajes de una finura espiritual apabullante: «Hay un instinto innato de la belleza en el pueblo español y una alta idea de la presencia de Dios en el templo. Ahora comprendo el espectáculo fervoroso, único en el mundo, que es una misa en España. La lentitud, la grandeza, el adorno del altar, la cordialidad en la adoración del Sacramento, el culto a la Virgen, son en España de una absoluta personalidad y de una enorme poesía y belleza. Ahora comprendo también aquí, frente a las iglesias protestantes, el porqué racial de la gran lucha de España contra el protestantismo y de la españolísima actitud del gran rey injustamente tratado en la historia, Felipe II. Lo que el catolicismo de los Estados Unidos no tiene es solemnidad, es decir, calor humano. La solemnidad en lo religioso es cordialidad, porque es una prueba viva, prueba para los sentidos, de la inmediata presencia de Dios. Es como decir: Dios está con nosotros, démosle culto y adoración. Pero es una gran equivocación suprimir el ceremonial. Es la gran cosa de España. Son las formas exquisitas, la hidalguía con Dios».

Al renunciar a esta hidalguía con Dios, era inevitable que España se convirtiese en un vomitorio pagano que habría horrorizado (¡más todavía que el protestantismo!) a Lorca. Quien, con cartas como la citada, hoy sería aborrecidísimo lo mismo por los clérigos progres que por los señores con orgasmos democráticos.

Tomado de *ABC*

Si recibes esta Gaceta porque algún amigo te la ha remitido, y deseas te llegue directamente cada semana, envíanos tu dirección a secretaria@fundacionjoseantonio.es. Y si consideras puede interesar su contenido a algún amigo, facilítanos su dirección de correo.

Abundan los imbéciles

Álvaro Hernán

Dice el Diccionario de la RAE, respecto al adjetivo «imbécil»: 1. Alelado, escaso de razón; 2. Flaco, débil.

Por ello, cuando nos hemos puesto a la tarea de buscar un adjetivo que definiera a la recién nombrada alcaldesa de Cenicientos, localidad de la provincia de Madrid, doña Natalia Núñez, del PSOE, por la heroica decisión tomada al retirar las 15 estelas de piedra que señalan las estaciones del Vía Crucis que recorre una parte del municipio por la poderosa razón de que, según ha declarado a esRadio, «hemos tenido en cuenta qué función tenían esas piedras, qué era lo que implicaban, que suponían una barrera arquitectónica como comentaban los vecinos y que era una falta de respeto para aquellos vecinos que no procesan ninguna religión o que profesan la religión musulmana que también forman parte de la comunidad y que hay que respetarlos también», no hemos encontrado otro más adecuado que el de imbécil. Bueno, sí, pero nos parecían un poco fuertes.

Los del PP, avisados ellos, consideran que la alcaldesa «ha demostrado que son motivos ideológicos y rechazo hacia una confesión religiosa que no hace ningún daño, que es mayoritaria entre la población de Cenicientos y que no tiene ningún sentido. El PSOE se caracteriza por un anticatolicismo aplastante y esto es una muestra más».

Según la información recibida, a los musulmanes que viven en la localidad les tiene sin cuidado la existencia o no de esas piedras marcadas del 1 al 15 en números romanos, y, para más inri, aseguran los habitantes del municipio en cuestión que no se ha producido hasta el momento ninguna desavenencia entre practicantes de una u otra religión.



Es evidente lo mucho que molesta a los viandantes la señal del Vía Crucis de Cenicientos

Lo que lleva a pensar que la señora alcaldesa sí tiene problemas con la religión católica y no guarda ningún respeto a la libertad religiosa. Ni a la Constitución, cosa muy extendida.

Que Dios la perdone.

Los miserables

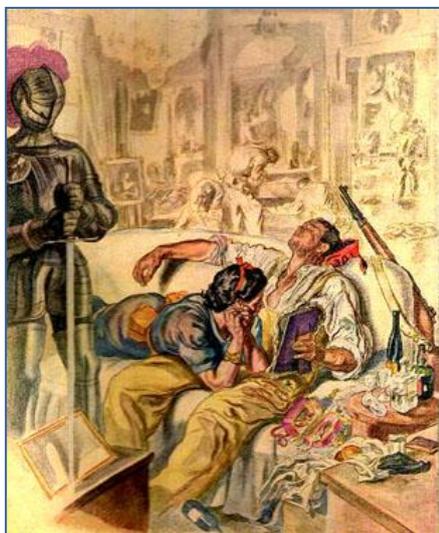
Jesús Flores Thies

Los años transcurridos entre el 18 de julio de 1936 y el 20 de noviembre de 1975 han sido los mejores de nuestra Historia reciente y menos reciente. Si alguien no está de acuerdo que me pregunte por qué digo esto, y en qué me baso. Contando con su presunto nivel medio de inteligencia, en menos de un minuto se lo demuestro. Pero le echaré aquí una mano y le diré que en esos casi 40 años España pasó de ser un país subdesarrollado a situarse en el 8º puesto industrial mundial. Para no aburrir, ahorramos la longitud de la lista que hasta el presunto preguntón podría ampliar con toda seguridad.

Pues bien, esos casi cuarenta años, los mejores de nuestra Historia reciente (y no reciente...), por decisión de los herederos de los vencidos, ayudados por los «miserables» (una buena parte de la derecha política actual), ha decidido que no han existido, y en todo caso, si por necesidades del guión surge algo referente a esos años, quedan relegados a la palabreja «franquismo», que surge de tarde en tarde y sin especificar ni aclarar nada. Y mientras tanto, un bellaco se saca una Ley de la Memoria Histórica que firma otro personaje. Unos y otros, pasando por encima de la caja vacía del «franquismo», se enganchan en el Frente Popular a la hora de escribir la Historia. Recordemos: los de la mayor persecución religiosa de esa Historia, los de la mayor destrucción y saqueo de nuestro Patrimonio en toda su Historia, el de Paracuellos, las chekas y la obediencia sumisa a la URSS...

Y ya va siendo hora de hablar un poco de «los miserables».

Para que no nos tomen el número de teléfono cambiado habrá que hacer unas aclaraciones. Creemos que existen dos «derechas», la social y la política. La «social», para enlazarla con la historia reciente, fue la que sufrió de forma terrible las persecuciones y matanzas de los llamados «progres», los de la izquierda marxista; es la que en otros tiempos conservaba los sentimientos patrióticos, morales y hasta religiosos llamados conservadores. Mientras que la derecha «política» actual es la que se adapta a las circunstancias, en la que, si se quiere medrar, priva el «antifranquismo». Y medrar es una de las más acusadas características de estos impresentables. Es la «derecha» miserable¹ del aborto, las bodorrias mariconas con gentes de esta ralea que pueden adoptar niños. Son los que tienen su propio sector de juventud gay...



Entre los que se beneficiaron del sacrificio de aquella generación de españoles que se alzó contra el criminal Frente Popular, estaba también una representación de la «derecha rica», la propietaria de tierras, bienes, palacios y cuentas en el extranjero. No podemos olvidar que españoles de esta clase privilegiada lucharon codo con codo con otros españoles para salvar a España. Y como somos generosos, creemos que lucharon y hasta murieron por España y no por conservar sus privilegios de clase. Luego, rehecha y reconstruida España, la «derecha rica» se pasa al cómodo antifranquismo dirigido, no se olvide, por los comunistas introducidos principalmente en la Universidad, porque aquellos seguidores compulsivos del Conde de Barcelona tenían muy escaso peso, menos que

el de una mosca en una plataforma de balanza de Fielato, en aquella oposición sumergida. Por eso, a nadie tiene que asombrar que hoy día gran parte de esta derecha insumergible se una amorosamente al feroz antifranquismo creador, entre otras bellaquerías, de la citada «Memoria Histórica».

Voy a contar de forma personal, y por lo tanto intransferible, mis particulares relaciones con la derecha llamada social y rica de la inmediata postguerra.

Entre 1938 y 1941 estudié en los Jesuitas del Palo de Málaga, lugar privilegiado para las clases pudientes de la

¹ Recordamos las cuatro entradas que nos da el Diccionario de la RAE: 1. Desdichado, infeliz; 2. Abatido, sin valor ni fuerza; 3. mezquino (que escatima en el gasto); y 4. Perverso, abyecto, canalla. Evidentemente, el autor del artículo da a la palabra mezquino la cuarta acepción del diccionario (N. de la R.).

zona, que enviaban sus hijos a aquel internado. Porque era un internado que se había reabierto a las pocas semanas de la liberación de Málaga por el ejército nacional. Gracias a la intervención de algún jesuita amigo (el Padre Arredondo...) pudimos estudiar mi hermano y yo en condiciones económicas soportables, conservando un recuerdo excelente de aquella «Segunda División» que se estrenó entonces, es decir, la zona ajardinada dedicada a la Primera Enseñanza. Y en régimen de media pensión.

Ya en Madrid (1941), ingresamos en el colegio de los jesuitas de Areneros gracias a las recomendaciones de nuestros protectores jesuitas malagueños, y allí me tocó hacer 1º, 2º y 3º de Bachillerato. Ya tenía una edad que me permitía observar mejor el entorno, y el que me tocaba era el del mundo llamado, de forma suave y algo cursi, de la «clase acomodada», es decir, la «derecha rica». Mundo de apellidos como Ruíz Gallardón, Gómez Acebo y hasta el de nuestro Medalla Militar de la IXª Promoción Ortiz de Zárate. Y allí pude comprobar, sin que me afectara apenas al trato con mis compañeros, cómo soportábamos unos y otros las escaseces de los primeros años 40.

Con los años, y rememorando aquellos tiempos, he comprobado que para estos privilegiados hubo también penurias, pero menos... Una de las preguntas más habituales al regreso de las vacaciones de verano era: «¿dónde has veraneado?», porque en aquellos duros años 40, estas familias «acomodadas» seguían sus costumbres anteriores a la guerra. Que se hacía, por cierto, en el Norte, en Deva, San Sebastián, Santander o Zarauz, por citar algunos de los lugares habituales. El Sur, no es que estuviera inédito, pero carecía entonces de importancia, llamémosla social.

En Areneros se simpatizaba poco con Falange, pese a que mucho falangista moriría para que los jesuitas pudieran volver a ser legales en España y reabrir colegios y noviciados. Tampoco en Málaga, donde hubo algún desencuentro con el gobernador civil Arrese, ingeniero (¿o arquitecto?) promotor de las primeras viviendas protegidas que ya se construían en el año 1938, con España aun en guerra. Las simpatías iban con la Monarquía, pero en Madrid observé que era más bien con la Monarquía Carlista, caso realmente sorprendente del que fui testigo, nadie me lo contó.

Una de las diferencias entre nosotros, los chavales, era el vestuario, especialmente en días festivos en los que hubiera algún acto, ceremonia o fiesta (durante la semana apenas se notaba). Pero lo que me marcó fue un símbolo, algo así como una clara muestra de la diferencia de clases: la tortilla francesa.

En mi casa, apenas si veíamos un huevo más que el de madera de la caja de la costura. Estaban racionados (el de la costura por supuesto que no...), y por eso, sólo de tarde en tarde nos correspondían en la cartilla. Por eso, el bocadillo que nos preparaba mi abuela Paz para el medio día, solía ser uno más bien pequeño y de carne de membrillo. Esta vez sí que miraba con cierta envidia los bocadillos de mis privilegiados compañeros, que en bastantes casos eran de tortilla francesa. ¿Cómo conseguían los huevos? Como han transcurrido desde entonces muchos años, ya pasó la hora de preguntárselo, pero han quedado para mí como el símbolo de nuestra diferencia, más que la calidad del vestuario. Porque esa clase pudiente de la que hablamos al principio de este rollo filosófico barato pasó, como era lógico, muchas menos penurias que el resto de los mortales.



Las autoridades de 1936

Algunos podrán escribir ahora exageraciones y mentiras, pero a los que convivimos con ellos en aquella época no nos pueden tomar el pelo.

Contra la idea de que, para mí, fue una mala época la pasada con los jesuitas, he de decir que conservo de ellos otros recuerdos más amables. El paso por los colegios de jesuitas deja un rastro imborrable. Es una pena que en estos colegios se prefiriera que el alumno poco estudioso y conflictivo se marchara con viento fresco en vez de tratar, con la ayuda del «Padre Espiritual» que todos teníamos, de reformar al conflictivo. Eso pasó con Antonio Ortiz de Zárate, mi compañero de pupitre, excelente dibujante ya en aquellos años, al que se le invitó a hacer sus travesuras en otra parte. Pero también nos tocó a nosotros, porque habiendo dejado mi hermano tres asignaturas para septiembre, mediante un hábil trato con la tía Manola, si abandonaba el colegio se le aprobaban en septiembre las asignaturas pendientes. Y nos fuimos los dos a otro colegio, en este caso, una academia privada dirigida por el hermano de un jesuita, que nos desasnó con más fortuna. Para ingresar dos años después en el Colegio de Huérfanos de Carabanchel Bajo, que la vida era difícil y en el «Pinfanato» muchos de nuestros gastos estaban cubiertos por el Patronato.

Ya hemos visto cómo la «derecha política», bien apoyada y servida por la «derecha mediática», se ha adaptado a

los nuevos tiempos y ha metido los 40 años «franquistas», y por el mismo precio a todos los que levantamos a España, en una vieja caja de zapatos, arrojándola a un rincón del sótano de nuestra Historia.

Resulta un fenómeno realmente sorprendente porque en estos tiempos se trata de nuevas caras, que ya nada tienen que ver con las muy gastadas de los «inquebrantables» quebrantados de otrora, los traidores de la «Transición», desde las «primeras instancias», pasando por las más encumbradas figuras del momento, hasta llegar a los que esperaban dar el salto en cualquier momento. Y vamos a dejar a los líderes políticos actuales a un lado porque no tendríamos tiempo para poner sobre la mesa todas sus vilezas, hablemos sólo de los que vemos en la tertulias de las cadenas de la derecha, alguna de ellas con olor a cera e incienso, y dejemos a aquellos para otro artículo varapalo.

Y quitando broza, dejamos también a un lado a aquellos otros que no nos gustan, que nos son visceralmente antipáticos por prepotentes y soberbios, aunque reconocemos que tienen muchos partidarios, como Ansón, Pedro Jota o Jiménez Losantos... Vamos a hablar de los que oímos con interés y hasta con agrado en las tertulias y en cadenas de la llamada derecha, como «Intereconomía», «El Gato al Agua», «La Marimorena» y similares.

Por allí se desenvuelven como peces en el agua personajes que nos resultan simpáticos y leemos con gusto sus artículos, por lo que es donde el diktat que ordena la marginación o el silencio sobre el «franquismo» se nota más, porque en todo lo demás, ellos hablan como hablaríamos nosotros y responderíamos como ellos a los de la otra cuerda amablemente invitados, invitación que se les niega a otros considerados como «franquistas».

Por eso se ningunea de manera soez a la Fundación Francisco Franco, y decimos soez porque ni siquiera responden por cortesía a sus peticiones de intervención cuando se toquen ciertos temas relacionados, casualmente, con los silenciados años 40. Aunque la mayor muestra de vileza de estas cadenas y programas es el haber situado a Pío Moa a la cabeza de la lista negra que lanza a uno de los mejores historiadores actuales, el más temido por sus adversarios, al ostracismo mediático. A Pío Moa le está pasando lo que a Julián Marías. Hace años, a este discípulo de Ortega y Gasset, se le alejaba sectariamente de las pantallas, pero sus conferencias en el antiguo «Cuartel de Conde Duque» eran multitudinarias. También, cuando Pío Moa presenta su último libro, en el local no cabe ni un alfiler. Y aunque hay librerías que se niegan a admitir libros de su Editorial, el número de ventas es abrumador.

Regresando a los tertulianos observamos cómo se impide hablar de un tema que surge por sí mismo, como es el de las viviendas sociales (España está a la cola de Europa con un 1 %), o cuando se habla de las pagas extraordinarias, de la capacidad de nuestros embalses o de la repoblación forestal. Hay una especie de acuerdo tácito que si se rompe puede llevar al díscolo al ostracismo. Por supuesto que en todas las facetas de nuestra sociedad la amenaza sobre el presunto «disidente» puede serle fatal, un militar puede perder su puesto y hasta su carrera, al igual que un periodista ser expulsado de su periódico, y hasta los artistas y deportistas se juegan su futuro si no mantienen en estos temas la boca bien cerrada. España país de libertades...

Pero esto tiene una fácil solución. George Orwell se quedó corto. En España se ha conseguido del todo aquella premonición de que aquello de lo que no se habla no existe.

Y esta tropa tripera y tragona de la derecha mediática, por el mismo precio se quieren cargar, no ya a la figura de Franco, sino la de algunas generaciones de españoles, que gracias a su (nuestro...) sacrificio, entusiasmo y trabajo, ellos están ahí y son hoy lo que son.

Nos resulta duro meter a esta serie de periodistas con los que hemos estado de acuerdo tantas veces en la cola de los «Miserables», pero cada cual es responsable de sus actos, y si en ellos predomina el estilo templagaitas o el simplemente cobarde, que se fastidien. Tienen tiempo de rectificar, empezando por luchar por la desaparición de la «Memoria Histórica», a la que hasta ahora tratan con vergonzoso respeto.

Aquella que no guste, no por arrancar sus páginas del libro de la Historia va a desaparecer. La Primera República nos parece un bodrio, y la Segunda un fracaso, pero sus páginas están ahí. En este segundo caso, nosotros la vivimos de cabo a rabo ¿también tendríamos que desaparecer? Pues eso quieren hacer con las generosas generaciones de los «cuarenta años franquistas».

Y ahora nos vamos a filosofar a la playa.

Junqueras y las diferencias genéticas

Junqueras cree en las diferencias genéticas «entre españoles y catalanes». Y yo también, lo juro, si elevamos su faz a arquetipo del catalán. Porque los que él considera españoles (que somos casi

todos los que vivimos en la España definida como «la piel de toro») difieren mucho de esas facciones con las que Dios, o quizá los lares ancestrales de sus antepasados, le han dotado.

Álvaro Hernán

Manel Manchón

Oriol Junqueras, presidente de Esquerra Republicana, en 2008. «En concreto, los catalanes tienen más proximidad genética con los franceses que con los españoles; más con los italianos que con los portugueses; y un poco con los suizos».

El catalanismo nunca se ha caracterizado por una defensa de la identidad basada en diferencias genéticas. Sí lo hizo el nacionalismo vasco, con Sabino Arana. Pero algunos dirigentes políticos han jugado con ello. Como ha ocurrido recientemente con Quim Torra, elegido esta semana como presidente de Òmnium Cultural, al recordarle sus tuits antiespañoles, a Oriol Junqueras, el presidente de Esquerra Republicana, también se le pueden recordar algunos de sus artículos.



El líder de ERC, Oriol Junqueras, arquetipo de la raza catalana. ¿O no?

Y en uno de ellos, con fecha del 27 de agosto de 2008, publicado en el diario *Avui*, Junqueras se hace eco de un estudio sobre diferencias genéticas para afirmar que le resulta «curioso» que los españoles tengan «más proximidad genética con los portugueses que con los catalanes y muy poca con los franceses».

Artículo sobre diferencias entre grupos genéticos

Junqueras publicó una columna, bajo el título ilustrativo de *Bon vent...*, sin la última frase hecha en catalán, que prosigue con un «barca nova», y que invita a marcharse, como lema de los independentistas, sin mayores problemas. Bajo ese epígrafe, publicó *Proximitats Genètiques*. En el hacia mención a un artículo online publicado en *Current Biology* sobre las conclusiones de un estudio impulsado desde el Medical Center del Erasmus University de Rotterdam.

Se trataba de un análisis sobre las «similitudes y las diferencias genéticas» entre los que se consideran como los 23 grupos de población más numerosos de Europa, a excepción de los rusos.

Y destacaba Junqueras esas diferencias, según las cuales la distancia genética es más grande «de norte a sur que de este a oeste». Es decir, decía Junqueras, «hay más diferencias entre un irlandés y un portugués, o entre un polaco y un griego, que no entre un irlandés y un polaco, o entre un portugués y un griego».

Tres estados, Italia, Alemania y España

Señalaba también que sólo había tres estados en los que fue imposible agrupar a toda la población en un único grupo genético: «Italia, Alemania y España», y en España, en concreto, «entre españoles y catalanes».

Junqueras, historiador económico, alumno de la escuela italiana, y divulgador durante años en los medios de comunicación de la historia de Cataluña, remataba el asunto: «En concreto, los catalanes tienen más proximidad genética con los franceses que con los españoles; más con los italianos que con los portugueses; y un poco con los suizos. Mientras que los españoles presentan más proximidad con los portugueses que con los catalanes y muy poca con los franceses. Curioso...».

a Fundación José Antonio, y sus actividades, así como la página web y esta Gaceta, han de subsistir necesariamente gracias a la aportación de patrocinadores y amigos. Por ello te invitamos a colaborar con nosotros mediante tu aportación dineraria, por pequeña que sea. Para ello, pincha en el siguiente enlace y allí encontrarás cómo. Gracias.

<http://www.fundacionjoseantonio.es/colabora-fundacion-jose-antonio>

Dentro de la libertad de expresión, la Gaceta de la Fundación José Antonio no limita los contenidos de sus colaboradores, salvo aquellos que atentan contra la moral, las buenas costumbres y la blasfemia, siendo responsables de lo publicado los correspondientes autores.